

EL DADO CALAGURRITANO

por

Xaverio Ballester Gómez
José Luis Cinca Martínez

I.- CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO

El “objeto” que a continuación estudiamos fue encontrado casualmente por D. José Ezquerro Ezquerro¹ en una finca de su propiedad, en el término de La Estacada (T.M. Pradejón - La Rioja) muy próximo a Calahorra. El lugar concreto del hallazgo era el *caedero* o final de acequia de riego, junto a diversos cantos rodados por el agua.

II.- DESCRIPCIÓN DE LA PIEZA

El “dado” es un cubo casi regular, con lados que oscilan entre los 37 y 40 mm.; aristas vivas aunque redondeadas por el rodamiento sufrido, y esquinas saltadas. El material del que está hecho es arenisca, muy común en la zona, y su peso es de 133.5 grs. Sobre las caras, se encuentran grabados por incisión los signos correspondientes y a los cuales, para un más cómodo tratamiento, hemos asignado un número de identificación (Fig. 1).

III.- ENTORNO GEOGRÁFICO Y GEOLÓGICO

El lugar del hallazgo corresponde a la Terraza II del río Ebro, distante 3 kms. Son tierras de gravas y arenales pertenecientes al cuaternario reciente con superficies que proceden de arrastres. Actualmente son fincas de pequeño tamaño intensamente explotadas con cultivos hortícolas, viña, cereal o pequeñas parcelas de olivo.

1. Hemos de agradecer las facilidades ofrecidas en todo momento por D. José Ezquerro para el estudio de la pieza, así como a D. José María Ezquerro Lasheras el habernos informado de su existencia y realizado las gestiones oportunas, así como el habernos facilitado diversos datos relativos a la zona del hallazgo.

IV.- CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

El lugar concreto del hallazgo carece de todo resto arqueológico, aunque en la zona circundante más próxima hay pequeños fragmentos cerámicos muy rodados y dispersos: sigilatas hispánicas, comunes de difícil catalogación, o incluso medievales indeterminadas.

Debemos tener en cuenta que la zona, según información de D. José María Ezquerro Lasheras, fue fuertemente aterrada hace unos cuarenta años para facilitar su aprovechamiento agrícola, por lo que cualquier interpretación a partir del lugar concreto del hallazgo es pura hipótesis. La presencia de restos arqueológicos de mayor entidad en ese punto no existen, aunque muy probablemente el hallazgo de la pieza en la *caedero* de una acequia de riego, nos indica un posible rodamiento por la propia acequia desde puntos más alejados, si bien se desconoce la presencia de posibles asentamientos en esa dirección.

A pesar de todo ello, puede ser de suma importancia el paso, a 50 mts. del lugar, de la calzada *de Italia in Hispanias*², así como la presencia de dos asentamientos rurales tipo *villae*: Piedra Hincada y Cantarrayuela³, con una cronología que, por los restos de superficie, abarcaría desde el siglo II al VI.

Toda la zona circundante a Calahorra (y en la que se inscribe el lugar del hallazgo), presenta claros indicios de centuriación datable en el siglo I a.C.⁴

V.- SINGULARIDAD DE LA PIEZA

En cuanto a la función de la pieza, la forma cúbica y la presencia de seis signos distintos en cada cara hacen que como primera hipótesis deba inevitablemente considerarse la posibilidad de que se trate de un dado. Sin embargo, no nos es conocida ninguna pieza igual a la encontrada, ni siquiera parecida a la encontrada. Indudablemente no se trata de un dado griego, etrusco o romano. Alguna afinidad, pero muy remota, podría encontrarse con otro *dado*, también único en su género, encontrado en Numancia⁵, igualmente de arenisca y con figuras sin parangón en los signarios conocidos, pero de diferente tamaño (con 2,6 cm. de lado). La ausencia de parámetros tipológicos y comparativos supone un gran inconveniente para el estudio de la pieza.

2. *It. Ant.* 393, 1-2; J.L. Cinca Martínez, “Tramo de calzada romana en el Valle Medio del Ebro. Calahorra (La Rioja)”, en *La Red Viaria en la Hispania Romana* (Institución Fernando el Católico), Zaragoza 1990, pp 95-112.

3. U. Espinosa Ruiz, *Calagurris Ivlia*, Logroño 1984, pp 140-145; J.M. Ezquerro Lasheras- R. Marín Santolaya, “Hallazgos en superficie en el yacimiento de Piedra Hincada” en *Kalakorikos* 1 (1996) pp. 191-192.

4. E. Ariño Gil, *Centuriaciones romanas en el Valle Medio del Ebro. Provincia de La Rioja* (Instituto de Estudios Riojanos), Logroño 1986, pp 33-38, 61.

5. M.A. Arlegui-X. Ballester, “El Dado Numantino”, *Kalathos* 16 (1997) pp. 213-221.

VI.- LOS SIGNOS

Tres de los signos representados en las caras son de la máxima simplicidad, resultando ser tres de los signos más básicos: el número 1, el círculo, <○>, el dos, la cruz <+> y el 3, el aspa <x>, signos que, en razón misma de su simplicidad gráfica, no sólo se dan en la mayoría de los signarios conocidos, sino que además aparecen también como símbolos, de contenido muy diverso, en un gran número de culturas y civilizaciones⁶. Tal detalle podría no ser baladí si, como parece lógico admitir, permite una eventual función simbólica del objeto.

Básico también es el signo 4 o figura consistente en una secuencia de cinco líneas paralelas y que, a causa de no quedar fijada la orientación de la pieza, no es posible determinar si horizontales o, más bien, verticales <||||>.

Menos básica es la figura del signo número 6, aproximadamente <✱>. A causa de su mayor iconismo lo encontramos en algunas escrituras no fonemográficas (alfabéticas) ni silabográficas (silábicas), así, por poner un ejemplo, exactamente la misma forma la encontramos en la más antigua escritura china conocida y con el significado de “árbol”. La figura, no obstante, es lo suficientemente simple como para aparecer en signarios regulares, como, por ejemplo, en el sistema sinfonográfico (consonántico) del bereber. Sin embargo y supuesta la orientación paleográficamente más natural, con la línea recta vertical (no horizontal), los paralelos más cercanos —y ciertamente inquietantes— los encontramos en pinturas rupestres en España donde se cree habrían representado al ser humano durante un período neolítico amplio e impreciso.

Un último signo, el número seis, presenta la figura menos básica y de realización más elaborada, exigiendo hasta cuatro levantamientos del instrumento de escritura. Sin duda por tal razón sólo parece posible encontrar paralelos, aunque vagos, para este signo en escrituras no fonemográficas ni silabográficas, en aquellas precisamente que presentan un mayor número de signos en su inventario. Algo afín, pero siempre sin el problemático punto céntrico, encontraríamos en la escritura del valle del Indo y en la china, aunque con líneas rectas y no curvas, líneas que llegan a cruzarse en la escritura sumeria. En los dos últimos casos el significado es el de “(cruce de) camino(s)”⁷. A nuestro conocimiento, no se encuentra tal figura como signo de ningún sistema fonemográfico o silabográfico de escritura, lo que parece poder justificarse por la escasa economía que comporta su ejecución, y este detalle obliga a plantearse la posibilidad de que los signos en su conjunto no representen secuencia fónica ni serie numérica alguna.

6. Accesible y útil resulta J. Chevalier-A. Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona 1988. A título ilustrativo, desde los tiempos más remotos y en las más variadas civilizaciones (Egipto, China, Creta, Grecia, Roma...) la cruz ha sido empleada como símbolo (o índice) de la tierra, del cinco, del diez, de la unión o síntesis, la ascensión, el Cristianismo, el árbol de la vida, el universo...

7. Cf. A. Parpola, “Isolation and Tentative Interpretation of a Toponym in the Harappan Inscriptions”, en J. Leclant pres., *Le déchiffrement des écritures et des langues*, París 1975, p. 134.

VII.- CRONOLOGÍA

En la aceptación de que la pieza es auténtica y antigua, la pérdida de su contexto arqueológico original supone un obstáculo monumental para su ubicación cronológica dado el enorme margen de tiempo en el que podría insertarse. En el supuesto de que la pieza fuera un dado de juego o cumpliera una función semejante, la implantación omnimoda en todo el Imperio del dado romano, el dado clásico aún vigente con secuencias de puntos sumando siete por caras opuestas, hace difícil ubicar la pieza, al menos como dado de *juego*, en una época posterior a la romanización de Hispania. El grafismo de algunas figuras, especialmente la del signo 5, apuntan incluso a una antigüedad mayor y que no podemos determinar dentro de un marco acaso neolítico, con la importante objeción a tal hipótesis de que —al menos hasta el presente— no poseemos ni pruebas ni indicios de la utilización de dados —sean lúdicos, mágicos o rituales— u objetos cúbicos similares para tan tempranas épocas.

VIII.- CONCLUSIONES

La naturaleza única y singularísima de la pieza no permite, a falta de otros datos, como los referentes al contexto arqueológico, lamentablemente ausentes, y a falta de otros objetos parangonables, más que articular algunas hipótesis basadas en los elementos más objetivos de la pieza. Estos sugieren que se trata de un dado, cuyos signos no pertenecen a ningún sistema de escritura conocido, no representan, pues, ni fonas ni números conocidos, y que en razón del enorme potencial simbólico de los signos, el objeto podría haberse utilizado para funciones otras que las de un dado de juego. Es posible también encontrar indicios que apuntan a una gran antigüedad de la pieza, indicios que, de confirmarse, convertirían al calagurritano en el dado más antiguo conocido.

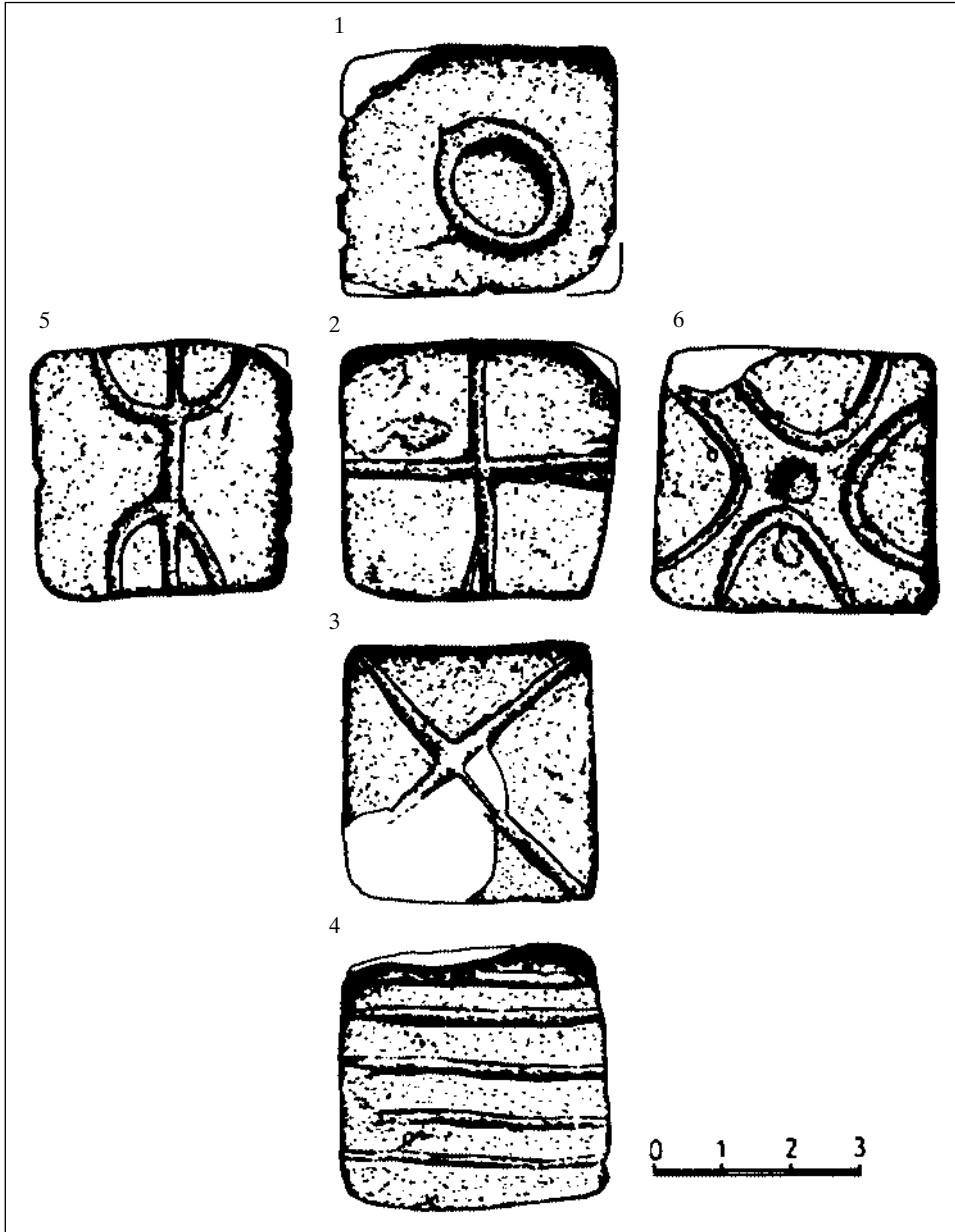


Figura 1.- Desarrollo de las caras del cubo (Dibujo: J.L. Cinca Martínez).

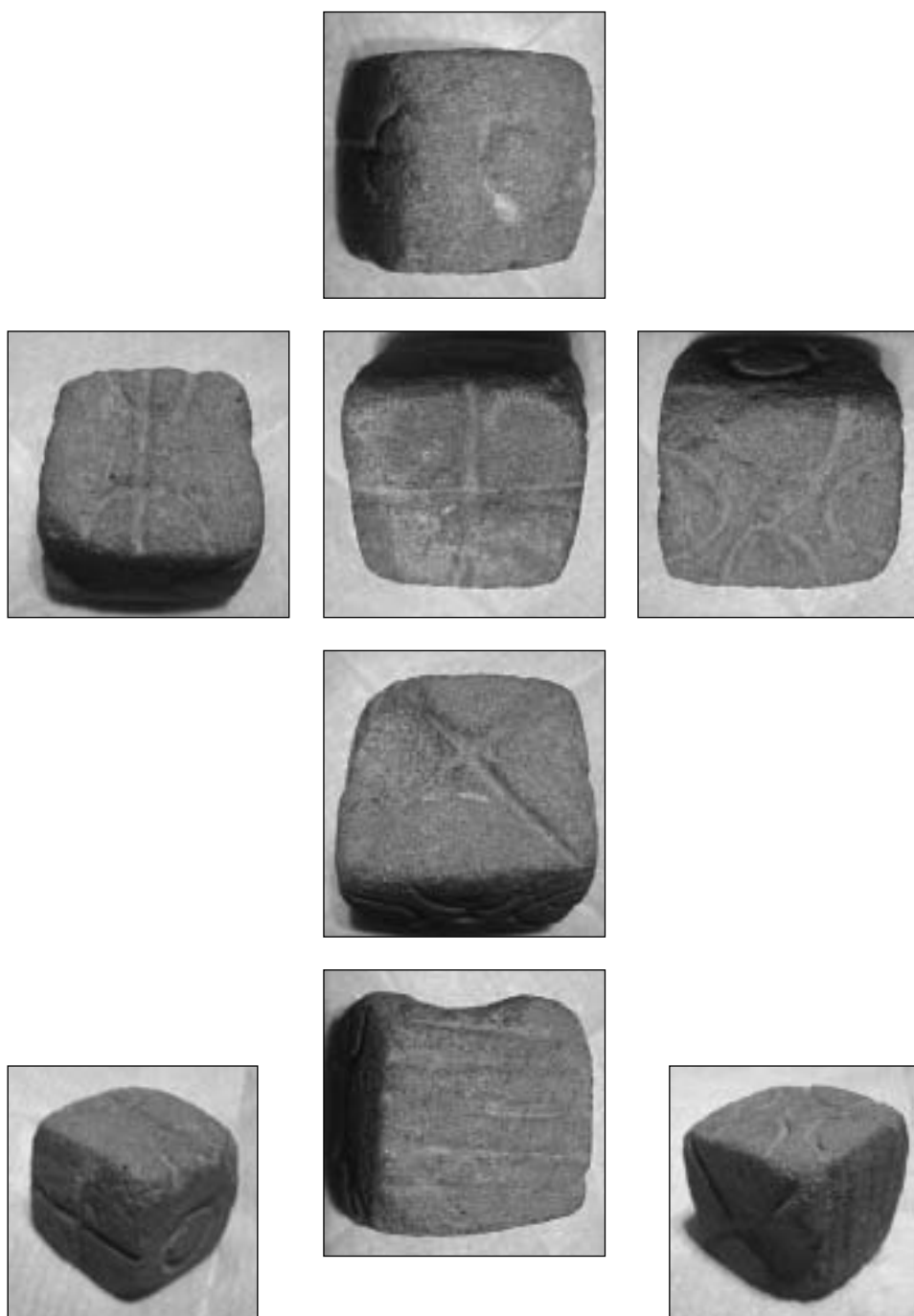


Figura 2.- Desarrollo de las caras del cubo y perspectivas (Fotografías: P.A. Lorca Rubio).